

Parque Nacional Nahuel Huapi

Zona Sur

Un mosaico de ambientes

En la región del Parque Nacional Nahuel Huapi, la vida del bosque andino se funde con la estepa y el resultado es una transición entre los ambientes húmedos y verdes y la dorada ondulación de los pastizales. La necesidad de proteger la variada vida silvestre de este lugar junto al testimonio que guarda de sus habitantes originarios, lo convirtió, en el año 1934, en la primer área natural protegida del país.

La vida silvestre

Desde los roquedales altoandinos hasta la estepa, el cielo patagónico es surcado por jotes y águilas moras que sobrevuelan en busca de sus presas. Durante la primavera y el verano las flores del amancay, la mutisia y el chilco colorean el verde bosque de coihues, lengas y ñires. Huemules, pumas y monitos de monte son parte de la silenciosa fauna que convive en estos ambientes protegidos.

Entre dispersas matas y arbustos redondeados, algunos habitantes de la estepa corren veloces, como el guanaco y otros, como el piche, la atraviesan lentamente. Los lagos y lagunas donde se reflejan estos paisajes, son también el lugar de reunión de una colorida avifauna que se renueva con el cambio de las estaciones.

Los glaciares... hielos milenarios

Hace miles de años atrás, gran parte del territorio del Parque Nacional Nahuel Huapi estuvo cubierto por glaciares. Cambios en el clima propiciaron el derretimiento lento de esa gran masa de hielo, que en su movimiento de «topadora», cavó y empujó todo a su paso. Se formaron valles amplios y ríos caudalosos, rodeados por laderas abruptas y rocosas que poco a poco fueron cubiertos por manchones de bosque.

Hoy, esos glaciares sólo ocupan la cumbre del cerro Tronador, donde las nevadas invernales se compactan creando una masa dura, cristalina y azulada. Desde la cumbre se deslizan diez glaciares que lentamente modelan el paisaje, podremos observar esta tarea visitando el Ventisquero Negro. El cerro Tronador, llamado Anon por los indígenas, mide 3.478 metros y es la cumbre más alta del Parque Nacional Nahuel Huapi. Su nombre actual alude a los constantes derrumbes y el estruendo de sus bloques de hielo en permanente movimiento.

El Manso, un río de curso serpenteante

Por el 1870, una expedición parte de Chile a explorar la costa del lago Llanquihue, y en su derrotero descubren la desembocadura del río Manso, *"...al que denominamos Manso por lo poco correntoso de sus aguas"*. Muy lejos estaban de imaginar que este tranquilo río era el mismo que torrencioso y veloz, fluía serpenteante a través de amplios valles, o bien encajonado por estrechos barrancos, originando a menudo abruptos rápidos y caídas de agua

Administración de Parques Nacionales
Museo de la Patagonia “Dr. Francisco P. Moreno”

El río Manso nace de los glaciares Manso, Castaño Overo y los Alerces, situados en la ladera oriental del cerro Tronador. A lo largo de 100 km, este caudaloso río va uniendo a los lagos Mascardi, Los Moscos, Hess, Roca, Steffen y Martin, los que junto a los ambientes por los que transita, constituyen la cuenca hidrográfica del Manso, una de las cinco que están protegidas por este Parque.

Una divisoria, dos cuencas



Entre los lagos Mascardi y Gutiérrez una línea imaginaria (en dirección NO-SE) separa dos cuencas hidrográficas. A partir de esta línea, las aguas de ríos y arroyos colectados por el lago Gutiérrez y Nahuel Huapi desembocan en el océano Atlántico, a través del río Limay y forman parte de la cuenca del Nahuel Huapi. Y las aguas del lago Mascardi, siguiendo un camino más corto por el río Manso, desagan en el Pacífico formando la cuenca del Manso.

Un delicado equilibrio entre la cantidad de agua de lluvia y nieve que cae en la región y la que es absorbida y distribuida por el bosque, es lo que regula el caudal de una cuenca. De este proceso esencial depende, no sólo el agua potable para consumo y para riego de cultivos y forestaciones, sino también el abastecimiento de gran parte de la energía hidroeléctrica que se consume en el país.

En busca del paso perdido

Una sucesión de hallazgos y pérdidas, así parecería ser el destino del **paso Vuriloche**, un antiguo camino que, abriéndose paso entre la intrincada selva valdiviana y los abruptos montes, comunica a Chile con Argentina. Ubicada al sur del cerro Tronador, esta senda era utilizada por los pueblos indígenas que habitaban a ambos lados de la cordillera, como vía para el intercambio de productos.

Con el tiempo fue dejado en desuso y se perdió la memoria de su recorrido. Su búsqueda apasionó a los misioneros jesuitas, que veían en este camino, una manera rápida de llegar desde Chile a la misión evangelizadora de las márgenes del lago Nahuel Huapi. Hacia el 1700, el padre Guillermo encuentra el histórico paso, pero no puede recorrerlo en su totalidad, ya que muere en el camino.

Nuevamente quedaría el paso en el olvido, hasta que en el siglo XIX, la posibilidad de conectar comercialmente a la región de Chiloé, en el sur de Chile, con la región del Nahuel Huapi, alentaría nuevamente a su búsqueda. Hacia 1880, en viaje de exploración por la región, el Dr. Francisco P. Moreno encuentra el comienzo argentino del paso. La travesía de este paso es hoy uno de los puntos de interés turístico que ofrece esta zona del Parque.